



P.K. Dick

Cuentos
completos IV

Esta cuarta entrega recoge 18 relatos que Philip K. Dick escribió entre los años 1954 y 1964. En ellos encontraremos las primeras exploraciones de algunos de los temas centrales de su obra. Se trata de auténticas joyas literarias que destilan la magia propia de Dick y donde quedan patentes sus constantes obsesiones: la muerte, la alineación, la locura, la religión y la represión, y la naturaleza esquivada de la realidad. De lectura ágil y entretenida, este libro nos invita tanto a adentrarnos en el fascinante universo dickiano como a observar la evolución del luminoso talento de uno de los escritores más relevantes del siglo XX.

Introducción

James Tiptree, Jr.

¿Cómo sabes que estás leyendo a Philip K. Dick?

En mi opinión, primero y por encima de todo, por lo extraño. Dick era, y es, extraño. Creo que eso es lo que me hace hojear en todos los catálogos de ciencia ficción, en busca de nuevas obras suyas. Muchas veces se dice: «Este tipo no piensa como los demás». En el caso de Dick es cierto. En sus historias nunca sabes lo que va a pasar a continuación.

Y, sin embargo, sus personajes parecen concebidos como gente normal..., salvo por alguna que otra loca gritona, que es una de las especialidades de Dick, siempre aparece tratada con cariño. Son gente normal atrapada en situaciones increíblemente extrañas (como dirigir la policía con la ayuda de un grupo de subnormales precognitivos o hacer frente a una fábrica con capacidad de reproducirse y que se ha apoderado de la Tierra). De hecho, uno de los factores de la extrañeza a la que aludía antes es el cuidado con el que Dick coloca a sus personajes en el mundo de la realidad, un aspecto que ignoran la mayoría de los escritores.

¿En cuántos relatos de ciencia ficción sabes lo que hace el protagonista para ganarse la vida cuando no está inmerso en la historia? Oh, sí, puede ser un tripulante de una nave espacial o un científico más o menos genérico. O el joven Werther. En las historias de Dick, las preocupaciones del protagonista se nos presentan en la primera página. Es-

to no es literalmente cierto en los relatos que forman este volumen (lo he comprobado), pero lo que no se puede negar es que la sensación de «mugrienta» cotidianidad que lo caracteriza está por todas partes, especialmente en las novelas. Pongamos por caso que el héroe es anticuario. Conforme vayan apareciendo nuevas maravillas se preguntará si podría venderlas. Cuando hablan los muertos, ofrecen consejos de negocios. Dick nunca baja la guardia en este aspecto. Es una de las características de la peculiar «textura» de su estilo.

Otra de sus características es el ritmo trepidante de los diálogos. Aún no he terminado de decidir si los diálogos de Dick son puramente irreales o más reales que los de la mayoría. Sus personajes no se dedican a realizar monólogos en beneficio de la trama ni incrementan el conocimiento de la situación por parte del lector.

Y las situaciones son «Dick en estado puro». Sus «tramas» no se parecen a las de otros escritores de ciencia ficción. Si, por ejemplo, escribe una historia de viajes en el tiempo, en algún momento incluirá algún giro *sui generis*. Lo más típico es que el elemento extraordinario no esté en el centro del escenario, sino que se presente al lector de manera indirecta, en el curso, por ejemplo, de unas elecciones.

Además, cualquier relación entre Dick y los escritores de la ciencia ficción «dura» es pura coincidencia. En mis momentos más optimistas estoy dispuesto a admitir que probablemente sepa lo que pasa cuando enchufas una lámpara y la enciendes, pero más allá de esto, en sus relatos no hay ni rastro de ciencia o tecnología. La ciencia que a él le importa está imbricada en la tecnología del alma y aderezada con una guarnición de psicología anormal.

Hasta el momento me he limitado a subrayar sus aspectos más peculiares, a expensas de sus méritos. ¿Qué le mantiene a uno leyendo un libro de Dick? Bueno, para empezar, como ya he dicho, la extrañeza, pero en su núcleo,

además, está la permanente atmósfera de lucha, de hombres que se esfuerzan desesperadamente por conseguir algo, o al menos por entender lo que les sucede. Un elevado porcentaje de los héroes de Dick son hombres torturados. Es un experto en los engranajes de la desesperación.

Y otro de los aspectos más bellos de su obra es la desolación. Cuando nos ofrece un paisaje desolado, por ejemplo después de una guerra nuclear, se trata de una desolación única. En este libro hay un buen ejemplo. Y, en medio de la desolación, solemos encontrar otro de sus toques característicos, los «animalillos».

Los animalillos suelen ser mutantes o pequeños robots que han cobrado vida. No son objeto de explicación, simplemente se nos aparecen al pasar por delante de algún personaje. ¿Qué es lo que hacen? Esforzarse por conseguir algo, como los demás. Un gorrión mutante se emboza en un jirón de tela o una rata mutante planea una construcción. Esta sensación de continuidad vital, por muy condenada que esté la vida, de un paisaje en el que cada elemento tiene una existencia propia y está tratando de salir adelante, es típica y profundamente propia de Dick. Transmite la calidez de la compasión en medio de los bordes afilados y la densa textura que uno espera en Dick, pero nunca aparece de manera frontal. Es el brillo del amor, siempre rápidamente sofocado, lo que resplandece sobre las llanuras devastadas de Dick y las hace únicas y memorables.

Diciembre de 1986

Yo antes creía que el universo era básicamente hostil. Y que mi posición en él era errónea, que éramos diferentes..., como si yo perteneciera a otro universo y alguien me hubiese colocado en éste. Para que, cuando las cosas fueran en un sentido, yo fuese en el otro. Y pensaba que esta diferencia se debía sólo a que había algo raro en mí. Que no encajaba en el universo.

Me daba mucho miedo que el universo llegara a descubrir lo diferente que era de mí. Sospechaba que cuando averiguara la verdad, su reacción sería la más lógica: iría a por mí. No creía que fuese un universo malvado, sólo astuto. Y no hay nada peor que un universo astuto cuando hay algo raro en ti.

Pero este año me he dado cuenta de que no es así. De que el universo es astuto, pero también amistoso... Ya no me siento diferente a él.

Philip K. Dick, en una entrevista en 1974

Notas

*Todas las notas en cursiva son obra del propio Philip K. Dick. El año en que se escribió la nota aparece entre paréntesis al final de la misma. La mayoría de ellas se escribieron para las colecciones *The best of Philip K. Dick* (publicada en 1977) y *The golden man* (1980), y algunas de ellas a instancias de los editores que iban a publicar o reeditar alguna de sus historias en un libro o una revista.*

Cuando aparece una fecha después del título de un relato, es la fecha en que el agente de Dick recibió el manuscrito, según los archivos de la agencia literaria de Scott Meredith. La ausencia de fecha significa que no hay datos concretos al respecto. El nombre de una revista, seguido por un mes y un año, indica la primera vez que se publicó un relato. Los nombres alternativos indican los nombres originales propuestos por Dick, de nuevo según los datos disponibles en su agencia literaria.

Todos los relatos cortos de Philip K. Dick están recogidos en los cinco volúmenes que componen la serie «Cuentos completos», con la excepción de los publicados posteriormente como novelas cortas o parte de ellas, los escritos infantiles y aquellos otros escritos no publicados cuyos manuscritos no se han podido encontrar. Los relatos están organizados en un orden lo más parecido posible al de su publicación. La investigación ha corrido a cargo de Gregg Rickman y Paul Williams.

Autofab ^[1]

I

La tensión flotaba sobre los tres hombres que estaban a la espera. Fumaban, paseaban de un lado a otro y lanzaban alguna que otra patada a la maleza que crecía junto al arcén. Era un mediodía caluroso y el sol caía sin compasión sobre los campos pardos, las hileras de pulcras casas de plástico y la lejana línea de las montañas, al oeste.

—Ya casi es la hora —dijo Earl Perine, frotándose las flacas manos—. Varía según la carga. Medio segundo por cada medio kilo de más.

—¿Lo tienes calculado? Mira que eres raro. Vamos a fingir que simplemente llega tarde —respondió Morrison con acidez.

El tercer hombre no dijo nada. O'Neill venía de otro asentamiento. No conocía a Perine y Morrison lo bastante bien para discutir con ellos. En lugar de hacerlo, se agachó y empezó a ordenar los documentos que llevaba en su sujetapapeles. Sus peludos brazos estaban bronceados y recubiertos de brillante sudor. Enjuto, de cabello cano y enmarañado, y gafas de pasta, era mayor que los otros dos. Llevaba pantalones holgados, camisa deportiva y zapatos

de suela de crepé. Entre sus dedos brillaba su estilográfica, metálica y eficiente.

—¿Qué estás escribiendo? —rezongó Perine.

—El procedimiento que vamos a emplear —respondió O'Neill tranquilamente—. Es mejor analizarlo ahora en lugar de probar al azar. Conviene que sepamos qué cosas no funcionan en lo que intentemos. De lo contrario, caminaremos en círculos. Aquí lo que tenemos es un problema de comunicación. Así es como yo lo veo.

—Comunicación —asintió Morrison con aquella voz grave que brotaba del fondo de su pecho—. Sí, no podemos ponernos en contacto con esa maldita cosa. Viene, descarga y se marcha... No hay contacto alguno.

—Es una máquina —dijo Perine con tono alterado—. Está muerta... Es ciega y sorda.

—Pero está en contacto con el mundo exterior —señaló O'Neill—. Tiene que haber alguna forma de llegar hasta ella. Algunas señales semánticas específicas tienen sentido para ella. Lo único que tenemos que hacer es encontrarlas. O redescubrirlas, más bien. Una media docena entre mil millones de posibilidades.

Un ruido sordo interrumpió a los tres hombres. Levantaron la mirada, cautelosos y alertas. Era la hora.

—Ahí está —dijo Perine—. Vale, tío listo. A ver si consigues que haga un solo cambio en su rutina.

El enorme camión, cargado hasta los topes, avanzaba emitiendo un rugido sordo. En muchos aspectos parecía un vehículo de transporte convencional, manejado por seres humanos, salvo por un detalle: no tenía cabina para el conductor. La superficie horizontal era toda zona de carga y en la sección donde normalmente irían los faros y la rejilla del radiador había una fibrosa masa de receptores, semejante a una esponja, la limitada batería sensorial de aquella extensión móvil de la instalación.

Consciente de la presencia de los tres hombres, el camión aminoró, redujo la marcha y activó el freno. Transcu-

rrió un instante mientras accionaba unos relés. Una parte de la sección de carga se inclinó y descargó una cascada de cajas de grueso cartón sobre la carretera. Junto con la mercancía, planeando, descendió un detallado inventario.

—Ya sabéis lo que hay que hacer —dijo O’Neill—. Deprisa, antes de que se marche.

Con la rapidez y taciturnidad de auténticos expertos, los hombres recogieron las cajas de cartón y les arrancaron el plástico protector. Muchos objetos salieron a la luz: un microscopio binocular, una radio portátil, varios montones de discos de plástico, equipo médico, cuchillas de afeitar, ropa, comida... La mayor parte del cargamento, como de costumbre, era comida. Sistemáticamente, los tres hombres empezaron a destrozar los objetos. En cuestión de pocos minutos no quedaba otra cosa que restos desordenados a su alrededor.

—Ya está —dijo O’Neill con voz entrecortada, mientras retrocedía un paso. Sin mirar, sacó un inventario—. Ahora vamos a ver lo que hace.

El camión había emprendido ya el camino de regreso. Se detuvo bruscamente y regresó. Sus receptores habían captado el hecho de que los tres hombres acababan de destruir la carga que les había dejado. Con un chirrido de los engranajes, dio media vuelta y orientó su banco de receptores hacia ellos. Extendió una antena; había empezado a comunicarse con la fábrica. Estaba recibiendo instrucciones.

La superficie horizontal se inclinó y dejó caer un segundo cargamento, idéntico al primero.

—Hemos fracasado —gimió Perine mientras otro inventario descendía flotando sobre el nuevo cargamento—. Hemos destruido todo esto para nada.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Morrison a O’Neill—. ¿Cuál es la siguiente fase del plan?

—Echadme una mano. —O’Neill recogió una de las cajas de cartón y la llevó hasta el camión. Tras depositarla so-

bre la plataforma, se volvió en busca de otra. Los otros dos hombres lo imitaron con lentitud. El cargamento volvió al camión. Cuando éste se disponía a emprender el camino de vuelta, los hombres ya habían devuelto la última caja.

El vehículo se detuvo. Sus receptores registraron el regreso del cargamento. De su interior surgió un zumbido sordo y sostenido.

—Esto podría volverlo loco —comentó O’Neill, sudando—. Ha llevado a cabo la operación sin conseguir nada.

El camión hizo ademán de marcharse, con un movimiento que quedó interrumpido casi al momento de iniciarse. Entonces, parsimoniosamente, volvió a girar y, a tal velocidad que casi no llegaron a verlo, volvió a dejar su cargamento sobre la carretera.

—¡Vamos! —gritó O’Neill. Los tres hombres recogieron las cajas y volvieron a cargarlas con rapidez febril. Pero en cuanto la superficie horizontal volvió a estar cargada, las grúas del camión las transportaron hasta las rampas del otro lado y desde allí las dejaron caer sobre la carretera.

—No sirve de nada —dijo Morrison, casi sin resuello—. Es como recoger agua con un cedazo.

—Menuda mierda —asintió Perine jadeando—. Como siempre. Los humanos siempre perdemos.

El camión los estudió calmadamente, con los receptores mudos e impasibles. Estaba haciendo su trabajo. La red planetaria de fábricas automatizadas estaba llevando a cabo eficientemente la tarea que se le había impuesto cinco años antes, en los primeros días del conflicto global total.

—Ya se va —señaló Morrison, consternado. El camión había bajado la antena. Metió una marcha y quitó el freno.

—Un último intento —dijo O’Neill. Cogió una de las cajas y la abrió. De su interior sacó un tanque de leche de treinta y ocho litros, al que le quitó la tapa—. Por muy absurdo que os parezca.

—Es ridículo —protestó Perine. De mala gana, buscó una taza entre los restos desperdigados y la metió en la le-

che—. ¡Una tontería infantil!

El camión se había detenido para observarlos.

—Hazlo —le ordenó O'Neill con voz tajante—. Tal como lo hemos practicado, exactamente.

Los tres hombres empezaron a beber como locos del tanque de leche, dejando que el líquido corriera visiblemente por sus barbillas; querían que resultara evidente lo que estaban haciendo.

Tal como habían convenido, O'Neill fue el primero. Con el rostro retorcido por la repulsión, arrojó la taza a un lado y escupió violentamente la leche sobre la carretera.

—¡Por Dios! —dijo, medio atragantado.

Los otros dos lo imitaron; maldiciendo a voz en grito, derribaron el tanque a puntapiés antes de volverse hacia el camión con miradas acusatorias.

—¡Está agria! —rugió Morrison.

Impelido por la curiosidad, el vehículo regresó lentamente. Sus sinapsis electrónicas respondieron a la situación con chasquidos y zumbidos. Su antena se extendió como el astil de una bandera.

—Creo que lo hemos logrado —dijo O'Neill, temblando. Bajo la atenta mirada del camión, tomó un segundo tanque de leche, le quitó la tapa y probó su contenido—. ¡Igual! —le gritó—. ¡Está tan mala como la otra!

El camión escupió un cilindro metálico. El cilindro aterrizó a los pies de Morrison. Este se apresuró a recogerlo y lo abrió.

ESPECIFIQUE LA NATURALEZA DEL DEFECTO.

La hoja de instrucciones incluía varias filas de posibles defectos, cada uno de ellos con su correspondiente recuadrado. El cilindro contenía también un punzón destinado a marcar el problema concreto del producto.

—¿Cuál marco? —preguntó Morrison—. ¿Contaminado? ¿Infección bacteriana? ¿Pasado? ¿Rancio? ¿Mal etique-

tado? ¿Roto? ¿Aplastado? ¿Agrietado? ¿Doblado? ¿Con tierra?

O'Neill pensó rápidamente y respondió:

—No marques nada. Seguro que la fábrica está preparada para reponer la mercancía defectuosa. Realizará su propio análisis y luego nos ignorará. —Entonces tuvo una inspiración que hizo que su rostro se iluminara con frenética satisfacción—. Escribe ahí abajo. Hay un espacio para incluir más datos.

—¿Y qué pongo?

—Escribe: «El producto está totalmente pislado».

—¿Y eso qué es? —inquirió Perine, desconcertado.

—¡Tú ponlo! No significa nada. La fábrica no será capaz de entenderlo. Tal vez podamos sabotearla.

Con la estilográfica de O'Neill, Morrison escribió cuidadosamente que la leche estaba «pislada». Sacudiendo la cabeza, cerró el cilindro y se lo devolvió al camión. Este recogió los tanques de leche y, con un fuerte golpe, retrajo la superficie de carga. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto y el vehículo echó a andar. La ranura expulsó un último cilindro, que rebotó sobre el suelo; luego, el camión se alejó rápidamente, dejando el cilindro sobre la tierra.

O'Neill lo abrió y les enseñó el papel a los demás.

SE LES ENVIARÁ
UN REPRESENTANTE.
PREPÁRENSE PARA SUMINISTRARLE
TODOS LOS DATOS SOBRE EL PROBLEMA.

Por un momento, los tres guardaron silencio. Entonces Perine se echó a reír quedamente.

—Lo hemos conseguido. Hemos contactado. Hemos llegado hasta ellos.

—Ya lo creo —asintió O'Neill—. Esa cosa nunca había oído hablar de un producto pislado.

En la base misma de las montañas, excavado, se encontraba el vasto complejo de la fábrica de Kansas City. La superficie estaba corroída, carriada como una muela por la radiación, agrietada y cubierta por las cicatrices de los cinco años de guerra que habían transcurrido sobre ella. La mayor parte del complejo estaba en el subsuelo; sólo las entradas eran visibles. El camión era como un puntito negro que avanzaba a toda velocidad hacia la gran mole de metal negro. De repente, una abertura se formó en la superficie uniforme. El camión la atravesó y desapareció en su interior. La entrada volvió a cerrarse a cal y canto.

—Ahora queda lo más complicado —dijo O’Neill—. Tenemos que convencerla de que cierre las operaciones..., de que se desactive.

II

Judith O’Neill servía café a la gente que había en su salón. Su marido hablaba mientras los demás escuchaban. O’Neill era lo más parecido a una autoridad sobre las autofabs que existía.

Procedía de Chicago. Había conseguido sortear el perímetro defensivo de la fábrica y salir de allí con datos de la misma. Como es natural, la fábrica había respondido erigiendo un perímetro más sólido. Pero O’Neill había logrado demostrar que las fábricas no eran infalibles.

—El Instituto de Cibernética Aplicada —les estaba explicando en aquel momento— ejercía un control total sobre la red. Por culpa de la guerra, o puede que por el desmoronamiento de las líneas de comunicación, que impidió que el instituto nos transmitiera la información necesaria para

hacerlo, no podemos informar a las fábricas..., informarles de que la guerra ha terminado y estamos preparados para reasumir el control de las operaciones industriales.

—Y entre tanto —añadió Morrison con amargura— esa condenada red sigue expandiéndose y consumiendo cada vez más recursos.

—Me da la impresión —dijo Judith— de que si doy un pisotón lo bastante fuerte, acabaré en alguno de sus túneles. A estas alturas debe de haber túneles por todas partes.

—¿No existe ningún factor que las limite? —preguntó nerviosamente Perine—. ¿Es que estaban programadas para seguir expandiéndose de manera indefinida?

—Cada fábrica está limitada a su propia zona de operaciones —dijo O'Neill—, pero la red carece de límites. Podría seguir consumiendo nuestros recursos eternamente. El instituto decidió que recibiera prioridad total. La suerte que corriera la gente como nosotros, la gente normal, era sólo una consideración secundaria.

—¿Y entonces no nos dejará nada? —indagó Morrison.

—No, a menos que consigamos que detenga sus operaciones. Ya ha agotado las reservas naturales de media docena de minerales básicos. Los equipos de prospección de todas las fábricas trabajan a todas horas, buscando hasta el último resto de los materiales que pueden utilizar.

—¿Y qué pasaría si se cruzaran los túneles de dos fábricas diferentes?

O'Neill se encogió de hombros.

—En condiciones normales, eso no debería pasar. Cada fábrica tiene asignada una sección del planeta, una porción del pastel para su uso exclusivo.

—Pero podría ocurrir.

—Bueno, se nutren de las mismas materias primas, sí; mientras quede algo, intentarán conseguirlo. —O'Neill bajó la idea con creciente interés—. Habría que pensar en ello. Supongo que conforme vaya aumentando la escasez...